

Emilio Baumann

## La última Pascua de San Pablo

La *Revue Hebdomadaire* ha publicado anticipadamente un capítulo de la *Vie de Saint-Paul* de Emilio Baumann, próxima a aparecer.

Se ha señalado un aspecto de especial novedad a esta nueva *Vida* del apóstol de los gentiles, aun después de la densa bibliografía con que los más eruditos historiadores y exégetas han contribuido al estudio del carácter del que ha sido llamado el fundador del cristianismo.

Tal es la razón que nos hace considerar de interés para los lectores de ATENEA la traducción de este relato.

**L**A ascensión de Pablo a Jerusalén imitaba la de Jesús, cuando fué allí a celebrar la Pascua, sabiendo ya que era Él gran víctima. Pablo no tenía sino un vago presentimiento de los contratiempos que le aguardaban. Un gozo divino satisfacía con creces la ansiedad de esta marcha hacia el suplicio. Tenía aún la esperanza de sobrevivir a las calamidades próximas; presentía que su misión no había terminado todavía.

Ya en la Ciudad Santa, la caravana alojó en casa de un tal Mnason, chipriota, discípulo helenista convertido desde «tiempo atrás». Pablo tenía en Jerusalén una hermana cuyo hijo serviría

eficazmente a su tío prisionero. Vano sería preguntarse por qué motivos no fué a albergarse bajo su techo.

Desde el día siguiente vióse con Santiago: los cristianos notables de Jerusalén fueron invitados a esta recepción. La asamblea le escuchó con benevolencia «relatar lo que Dios había hecho entre los gentiles por ministerio suyo».

Los presbíteros alabaron al Señor por las grandes maravillas que obraba. Sin embargo, algunos de ellos, deseando a la vez probar la sinceridad judía de Pablo y premunirlo contra los atentados de los judíos, le propusieron este acto de devoción:

«Tenemos cuatro hombres ligados a un voto; búscalos, purifícale con ellos, y paga por ellos, a fin de que se hagan afeitar la cabeza; de tal suerte, conoceremos que todo lo que se ha dicho acerca de ti, es falso, y que te conduces, también tú, conforme a la ley».

Los cuatro hombres pobres que no podían desligarse de sus votos eran nazáreos \*; por un tiempo que debía durar a lo menos treinta días, se hallaban consagrados a Dios, y su voto implicaba tres obligaciones: abstenerse de uvas y vino, no hacerse afeitar la cabeza y no mancharse con el contacto o la vecindad de un muerto. Este último punto parecía la más difícil de las observancias: si un nazáreo rozaba la tierra donde estaba sepultado un cadáver, quedaba impuro. Si faltaba, aun contra su voluntad, a cualquiera de los tres preceptos, recibía treinta y nueve azotes, ofrecía al Templo dos tortas o dos pichones, y volvía a empezar su voto.

Durante su nazareato, dejaba crecer su cabellera; después, al término de los días de consagración, la hacía afeitar, y sus cabellos eran depositados en el brasero del sacrificio, ofrecidos a su nombre. Sacrificio oneroso, puesto que Moisés exigía un cordero de un año, una oveja de un año y un carnero; además, una cesta de panes écidos y pasteles. Cuando los nazáreos indigentes no podían satisfacer la ley, invocaban la asistencia de algún israelita generoso.

---

\* Sobre el nazareato, v. *Número*, VI.

Sin trepidar, Pablo correspondió al deseo de los ancianos.

«Al día siguiente, habiéndose juntado con los hombres y purificado con ellos, entró en el Templo y declaró el término de los días de purificación en que la oblación sería presentada por cada uno de ellos».

Exégetas demasiado curiosos han querido inquirir de qué fondos obtuvo la suma que se debía por los cuatro corderos, las cuatro ovejas, los cuatro carneros y el resto. Más importante es comprender con qué espíritu participó en las observancias de esta devoción mosaica.

Su movimiento, es claro, nada tiene de falsa actitud, de concesión hecha para adaptarse al medio judío, diluirse entre la multitud de peregrinos y, así, desviar los atentados que preveía.

Tampoco obedeció por humildad de penitente. No; venía al Templo como peregrino. Se trataba simplemente de asociarse a una obra piadosa. ¿En qué podía impedirle su Evangelio ayudar a esas pobres gentes ligadas a un voto que habían de cumplir con dificultad?

Tampoco era su pensamiento destruir la ley y sus preceptos. Su acto caritativo probaba a sus hermanos y a él mismo que seguía, en todo lo que sus principios le permitían, la santa disciplina de los antepasados. En él debió encontrar cierta alegría mística. Sin ser nazáreo, ¿no había hecho un voto él mismo, al abandonar Corinto? ¿No era el Templo, verosíblemente, el lugar por él destinado para libertarse de su voto, según las formas admitidas?

Cuando se presentó ante los sacerdotes con los cuatro nazáreos, protegidos suyos, puso en su declaración toda la seriedad de un judío devoto; agregó a ella un sentido de caridad liberadora; sabía, mejor que los sacerdotes, lo que significaba la inmolación del cordero; ofrecía su propia vida, a cada instante amenazada, por la salud de los buenos nazáreos; por la de Israel.

Seguramente, un rígido sectario habríase prohibido una actitud contraria a su sistema. Las palabras cotidianas de Pablo habrían podido continuar su acción. Lo que había dicho a los

gálatas: «Cualquiera que se hiciere circuncidar, quedará obligado a observar la ley en todas sus partes», lo repetía incesantemente a los judíos y a los gentiles. Si aun observaba un solo precepto de la ley, se comprometía a cumplirlo hasta el fin, sin reserva.

¿Deseaba, practicaba esta sumisión? Muy a menudo había declarado: La ley ya no es necesaria; la vida del justo es la fe. Ahora bien, lo que ya no es necesario en una creencia fenecida, prontamente llega a ser inútil; luego, despreciable.

Pero la Iglesia no debía romper con la sinagoga, sino por etapas. En la forma de las plegarias y de los ritos, en el orden de las fiestas, la ruptura jamás llegará a ser completa. Esta gran regla de toda creación orgánica: «la naturaleza no marcha a saltos», se extiende, *en un sentido*, a las realidades sobrenaturales. El Antiguo Testamento encerraba los elementos del Nuevo. Jesús había afirmado que él venía a cumplir la ley, no a anularla. Se había sometido a lo esencial de las observancias, como si consagrara nuevamente su santidad. Pablo, su discípulo, creía cumplir un rito venerable por sus orígenes, eficaz por la intención que lo penetraba. El mazareato era, por lo demás, una forma acética de consagración por medio de la cual el devoto se separaba del mundo por cierto tiempo, para «vivir en el Eterno». \*

Parece, por lo demás, no haberse propuesto el caso de conciencia: «¿Tengo razón para obrar así?»

La Voz íntima le impulsaba; y luego, venir al Templo, hacer oración en él, sacrificar allí públicamente en una ceremonia anunciada y pagada de antemano, era exponerse a la venganza de sus adversarios. Pablo sabía que el Espíritu le exigía esto. No se atormentaba pensando hasta dónde Dios dejaría avanzar la mano de sus precursores; hacía lo que como él hubiera hecho el más obscuro de los peregrinos.

¿Dejábase embriagar, al ver nuevamente el Templo, por la magnificencia de una construcción que parecía, en el esplendor

---

\* V. Foucard, *Saint-Paul et ses missions*, t. II, p. 467.

de su fuerza, desafiar siglos de siglos? Conocía la profecía del Señor y veía a *«la cólera precipitarse sobre los deicidas hasta agotarse»*. \*

¿Tocó su corazón libre el orgullo de ser israelita, cuando avanzó, más arriba del atrio de los gentiles, por la segunda terrada, hacia el patio de los judíos? Inscripciones griegas y latinas, en el frontón de los pilones, advertían a los profanos:

«Que ningún extranjero penetre más allá de la balaustrada que rodea el santo lugar y el recinto. Aquel que sea sorprendido, no deberá acusar a nadie sino a sí mismo de lo que ha de sucederle: la muerte».

Justa estimaba la exclusión de los gentiles en el pasado; pero le confirmaba el invencible error de Israel. No hubiese introducido al interior del Templo a un pagano, aun bautizado. Sin embargo, tal era la acusación que se le hacía, y de este agravio iba a partir la revuelta suscitada contra él.

Judíos asiáticos de Efeso, llegados para Pentecostés, le habían reconocido en la ciudad, paseando con el efesio Trófimo, cuyo origen pagano era conocido. Inventaron este escándalo atroz:

«Ha introducido griegos en el Templo.»

El día en que subió para el sacrificio de los nazáreos, algunos de estos judíos lo advirtieron en el patio de los israelitas. Empezaron a lanzar imprecaciones, e inclinándose sobre la balaustrada, desde lo alto de los escalones que unían el segundo terrado al de abajo, lleno de gente, gritaban:

—¡Socorro, hombres de Israel, aquí está este hombre que predica por todas partes contra la ley, contra el Templo! ¡Ha profanado el Sagrado Recinto!

Pablo pretendía protestar, responder. Desde abajo subió una gran masa de gente, que le atropelló sobre los escalones; se le condujo hacia afuera del Templo. Tal era el respeto por el Recinto, que nadie habría osado manchar su interior con un asesinato. Los guardianes y los levitas, tan pronto como la

---

\* I. Tesal., t. II, p. 16.

turba hubo franqueado las puertas del Norte, las cerraron. Temían que Pablo volviese a entrar o que fuese arrebatado y despedazado en el lugar santo.

Rodeado de asaltantes, Pablo estaba destinado a una muerte inevitable. Pero desde la fortaleza Antonia, desde la galería que supervigilaba el Templo, la guardia de soldados romanos había oído el tumulto y seguido a la muchedumbre.

«Toda la ciudad está conmovida», dijeron al tribuno. Este tomó apresuradamente a los centuriones y legionarios que encontró a su paso, y se precipitaron por las dos escaleras que descendían sobre la explanada. Con la espada en alto, el tribuno se abrió paso entre el populacho. Pablo, cercado, mantenido en pie por el círculo de vociferadores, tenía la cara llena de sangre. Pero conservaba el continente de un hombre intrépido.

«¿Qué ha hecho? Dejadle. Nos pertenece», gritó el tribuno, tan imperiosamente, que los furiosos lo dejaron al momento.

Pero unos decían una cosa y los demás, otra; en medio del tumulto, no podía comprenderse quién era este hombre, ni por qué crimen se le quería matar. Dedujo solamente que su caso era grave; por precaución, y con el propósito de calmar a la multitud, ordenó ponerle cadenas en ambas manos y conducirlo al cuarto de guardia.

Mientras que los soldados con el cautivo volvían a ascender las escaleras, los acompañantes judíos, viendo que el impío se les escapaba, excitaban a la masa, volviéndose hacia ella: «¡Arrebatadlo; arrebatadlo!» El destacamento romano se sentía impotente ante la embestida tumultuosa. Los soldados que tenían al prisionero temieron que les fuera quitado, y ataron a sus brazos ambas cadenas.

Inquieto, el tribuno Lysias trepaba los escalones detrás de ellos. Era griego, y hacía poco tiempo que mandaba la cohorte de la torre; temía al *furor judaicus*; no ignoraba que durante las fiestas la embriaguez religiosa reforzaba en el pueblo el fanatismo nacional. Había oído hablar del golpe de mano que un judío de Egipto, que pretendía hacerse pasar por el Mesías,

había intentado contra Jerusalén algunos meses antes. Varios millares \* de indigentes, recogidos en el desierto, habían seguido a este falso Cristo hasta el monte de los Olivos. Pretendía expulsar de la ciudad a los romanos. A su voz, las murallas caerían, como al sonido de las trompetas de Josué se desmoronaron las de Jericó. El procurador Félix, con los caballeros y los legionarios, ayudados por algunos judíos, había salido al encuentro de la horda y la había derrotado. Pero el jefe había logrado escapar. Lysias, ante la furia del pueblo y su encarnizamiento para reclamar a Pablo, pensó que éste era «el egipcio». El apóstol, en estos momentos, debía aparecer hirsuto y salvaje como un bandido; sus vestidos estaban destrozados, sus cabellos en desorden, llenos de polvo y de salivazos. Hasta ese instante no había abierto la boca—¿habría podido hacer oír su voz?—. Repentinamente, llegado a lo alto de los escalones, en tono deferente, pero enérgico, interpeló al tribuno:

—¿Puedo decirte una palabra?

El tribuno se extrañó al oír hablar el griego, y con el acento de un orador, de un personaje culto. ¡Este prisionero no era, pues, un bellaco, un vago del desierto, que se habría hecho entender en una jerga semítica y bárbara!

—¡Sabes griego!—exclamó—. ¿No eres, pues, *el egipcio*?...

Pablo, con una serenidad magnífica, le respondió:

—Soy judío, ciudadano de Tarso, ciudad de Cilicia que no carece de gloria. Quiero hacerte un ruego: *déjame hablar a este pueblo*.

Acaba de surgir en él la idea sublime, como una inspiración: proclamar al Cristo frente al Templo; arengar a sus «hermanos» que le detestaban sin conocerle. Aquí tenía por auditorio inmenso a todo Israel representado por los judíos de Jerusalén, sus

---

\* *Josefo* (B. J. t. II, p. 135) los avalúa en treinta mil; el autor de las *Actas* los reduce a cuatro mil. De los dos, es ciertamente el más exacto; pues el mismo *Josefo*, siempre inclinado a inflar las cifras, declara en otra parte (*Antig.*, t. XX, 8, 6), que bastó, para dispersar a los sediciosos, dar muerte a cuatrocientos hombres y capturar doscientos.

sacerdotes, los judíos de Diaspora, y, además, la gentilidad en la persona de Lysias, de los centuriones y de los soldados.

Consintió el tribuno, curioso de ver lo que obtendría la elocuencia del cautivo. Se desataron sus ligaduras. Pablo se volvió hacia los manifestantes, que aun blandían sus puños y sus bastones. Levantó sus brazos cargados de cadenas e indicó que quería hablar.

Este pequeño hombre, de mirada de fuego, calvo, empapado en sudor, polvoriento, desgredado, de pie contra la enorme torre blanca, adquirió bruscamente el ademán potente de un rabí. Mostraba en su cara y en su gesto lo que revela a una multitud mística el enviado de *lo alto*.

Comenzó, expresándose intencionadamente en la lengua aramea, dialecto propio del pueblo judío.

—Hombres, hermanos y padres, dejad ahora que me explique ante vosotros...

Con el timbre dominador de la voz, con la sonoridad de las voces hebraicas, los gritos que aun persistían se trocaron en murmullos; y súbitamente, el silencio se hizo profundo.

Pablo, una vez más, relató el error de su juventud, la visión que le había iluminado. Su apología ante los judíos palestinos, consistía en recordar que al principio había defendido con denuedo las tradiciones farisaicas y perseguido a los que las trasgredían. De su conducta podían dar testimonio el gran sacerdote de entonces y todo el sanedrín. Pero, en el camino de Damasco, Jesús le había derribado por el suelo; se había sometido a la voluntad *del Dios de sus padres*. ¡Profundo y magnífico lenguaje en que certificaba la unidad divina de ambos Testamentos!

¿Por qué había predicado lejos de Jerusalén, como si huiera del Templo y de sus hermanos? Porque en el Templo mismo otra visión le había ordenado:

—Parte; quiero enviarte *lejos; entre los gentiles*.

Hasta aquí, subyugado, sobrecogido de estupor, el auditorio guardó silencio. Con estas palabras: «los gentiles», el or-

gullo del pueblo y su rencor contra el extranjero, reavivaron su cólera. Nuevamente la turba prorrumpió en clamores:

—¡Lleváoslo, lleváoslo! ¡Este hombre no merece vivir!

Proferían injurias innumerables, desgarraban sus mantos, pisoteaban, recogían tierra a puñados y la lanzaban hacia el *enemigo*.

El tribuno, sin comprender por qué el orador enrabiaba a los judíos, quería poner término a esta exasperación. Hizo un ademán, y los soldados introdujeron al prisionero hacia el interior del cuarto de guardia. Se cerraron las puertas; abajo, la multitud impotente continuaba vociferando.

Su insistencia aburrió al tribuno; y el mal humor del jefe se volvió contra aquel que había causado el movimiento sedicioso. Le tomó por un agitador de encrucijadas, digno de ser clavado en una cruz como un esclavo. ¿Qué crimen le atraía el odio de la muchedumbre? En vez de interrogarlo desde luego, dió una orden al centurión del destacamento. Este hizo atar a Pablo a un madero; se le suspendió por las manos, de suerte que sus pies apenas tocaran el suelo; se le había despojado de sus vestidos, y dos sirvientes trajeron los terribles látigos provistos de puntas, que servían para la flagelación de los inculpados, para arrancarles la confesión.

Pablo no tenía miedo de sufrir; su carne conocía los azotes; sabía temblar bajo su mordedura. Pero tenía una alegría: en ese instante, el dorso vuelto hacia los ejecutores, las manos en alto extendidas contra el madero, se asemejaba a su Maestro Jesús, atado a la columna antes de ser flagelado. Pero el día de su martirio no había llegado aún; tenía que perfeccionar una obra en este mundo. Se le habría flagelado tal vez hasta matarlo. Dijo al centurion, que estaba de pie junto al madero, la palabra que le aseguraba la vida.

—¿Os es lícito acaso flagelar, antes de juzgarlo, a un ciudadano romano?

Asustado, el centurión corrió a advertir a Lysias. Llegó el tribuno y por sí mismo interrogó a Pablo.

—Díme, ¿eres romano?

—Sí,—respondió Pablo, e indicó en forma evidente las pruebas de su derecho de ciudadanía.

El tribuno, que comprendía la gravedad de tal error, se apresuró en hacer desatar al cautivo, y trató de apaciguarlo con sus actitudes familiares.

—He pagado a un precio enorme mi título de ciudadano—le dijo \*.

—Y yo—respondió dignamente Pablo—lo he gozado por mi nacimiento.

Su actitud de terquedad redobló la ansiedad de Lysias. Esperaba las represalias del judío, ciudadano romano. Temía el furor de los judíos de Jerusalén. Haciendo azotar a Pablo, había esperado complacerlos. ¿Cuál sería su indignación al saber que la autoridad romana protegía al hombre execrado? Este griego jactancioso y fatuo, diplomático y demagogo, recurrió a un expediente: haría comparecer al acusado ante el sanhedrín; procedimiento halagador para un cuerpo celoso de mantener sus antiguas prerrogativas, y si constataba que las quejas de los judíos se referían sólo a querellas religiosas, propondría al procurador, que residía en Cesárea, la liberación de Pablo. Por lo demás, su conducta posterior revela una sincera benevolencia. Había reconocido en el apóstol algo de puro y generoso.

Desde el día siguiente, pidió al sanhedrín que se reuniera para juzgar a Pablo. El gran sacerdote Ananías *personalmente* vino a presidir la sesión. Este anciano tenía renombre por su feroz avaricia; enviaba a sus esclavos para percibir el diezmo de manos de los sacrificadores \*\*, y los sacerdotes que se resistían eran tratados a garrotazos.

Saduceo brutal y cínico, no creía sino en los goces carnales, en el dinero y en los privilegios de su casta.

Pablo volvió a encontrarse en el hemiciclo de una sala semejante a aquella en que había visto a Esteban en éxtasis y a

---

\* Bajo Claudio, el estado romano vendía a los extranjeros el título de ciudadano, y obtenía de este tráfico sumas considerables. (V. *Dion. Cassio*, t. X, p. 17, 5).

\*\* V. *Josefo*, *Antig.*, t. XX, p. 9, 2.

los jueces que se tapaban los oídos y rechinaban los dientes. Antes de ser interrogado, tomó la palabra:

—Hombres hermanos, hasta este día me he comportado ante Dios conforme a mi conciencia.

Esta palabra *hermanos* indignó al gran sacerdote como una falta de respeto.

—Pegadle en la boca, ordenó a los porteros.

Pablo oyó la orden sin discernir quien la había dado, ¿Recibió el castigo? ¿Logró evitarlo con su respuesta? Esta fué dura, fulminante.

—Dios es quien te castigará, *muro blanqueado* \*. Te sientas ahí para juzgarme conforme a la ley. ¿Y contra la ley \*\* ordenas golpearme?

¡Salida imprevista y formidable! Pablo no sabía que hería a Ananías y al gran sacerdote en persona; sin embargo, profetiza, y su profecía había de cumplirse; pues, en Septiembre del 66, en el décimo séptimo día del mes, Ananías, depuesto por los facciosos y escondido con su hermano Ezequías en un acueducto, fué cogido allí y degollado \*\*\*.

Los porteros protestaron:

—¡Cómo, tú insultas al gran sacerdote de Dios!

—No sabía—replicó Pablo—que fuera el gran sacerdote; de otra manera, habría guardado silencio, pues está escrito: «No dirás mal del jefe de tu pueblo» \*\*\*\*.

La brutalidad de Ananías había provocado en todo su ser una excitación en que se mezclaba el impulso profético a su espontáneo coraje. Ananías era de la familia de Ana que había condenado a Jesús. Por boca de Pablo oye el anuncio del castigo que ha de sufrir. Y, como Jesús, Pablo abruma al

\* Esta imagen, condensación de injurias, posible reminiscencia de *Ezequiel* (t. XXIII, p. 10), aludía conjuntamente a los vestidos blancos del que presidía el sanhedrín, a su vejez decrepita y sobre todo, a su *hipocresía*.

\*\* La ley judía, según hemos visto, aseguraba a los acusados ciertas garantías y la libertad de defenderse. (Levít., t. XIX, p. 15).

\*\*\* *Josefo*, Belle jud., t. II, p. 17, 9.

\*\*\*\* *Éxodo*, t. XXII, p. 28.

príncipe de los sacerdotes delatando sus contradicciones hipócritas: ¡estos defensores de la ley la violan y destruyen!

Pero pronto se reprime. No quiere escandalizar a los débiles; probará él, a quien se acusa de pretender la abolición de la ley, que vive sometido a ella.

¿Qué ocurrió en la continuación de la audiencia? La relación de Lysias al procurador deja comprender que la sesión se convirtió en querrela teológica. Los fariseos de la asamblea disputaron con los saduceos; los primeros admitían la vida futura; los otros la negaban. Pablo, al oírlos reñir, trató de hacer valer en medio del conflicto su teología cristiana.

—Hermanos—exclamó—yo soy fariseo, hijo de fariseo; y he sido enjuiciado a propósito de la *esperanza* y de la resurrección de los muertos!...

Quería llegar a pronunciar el nombre del Cristo resucitado. Judicialmente, era un hábil dialéctico: el tribuno, que estaba presente, asistido de centuriones y soldados, consideraba ya evidente la inocencia del acusado, y Pablo, con su declaración, llevaba a un extremo furioso la reyerta de fariseos y saduceos.

Pero bastaba poca cosa para que estos últimos, exasperados, descargaran sobre él su venganza. El tribuno, deseando no aparecer amparándolo con protección armada, le había dejado solo, en el hemiciclo, entre los jueces, los escribas y los ujieres. Cierta número de saduceos se levantaron y, con los puños tendidos, formaron en torno del pequeño judío un círculo amenazante. Le habrían arrastrado hacia afuera, aplastado en plena calle, estrangulado. El tribuno y su gente le favorecieron a tiempo. Abandonaba sano y salvo esta caverna de muerte. Roma lo libraba de Israel.

Estos dos días de conmoción le tenían agotado. Por la noche tuvo una de esas crisis de abatimiento en que no ansiaba sino una cosa: «Anonadarse; ser en el Cristo». Había visto de cerca, en el centro de su poderío, la incurable obstinación de los judíos contra la verdad. Sabía, por otra parte, lo que le aguardaba si volvía a caer en sus manos. Pero el Señor le visitó en la prisión y le dijo:

«¡Valor! Así como en Jerusalén has dado testimonio de mí, es preciso que en Roma confieses también mi nombre».

Sin embargo, los judíos no iban a detenerse aquí. Pablo había sido inculpado de un delito cometido en el interior del Templo; el sanhedrín se consideraba competente para juzgarlo. Así, pues, los príncipes de los sacerdotes exigieronle una segunda comparecencia a fin de examinar más a fondo su causa.

Su propósito era terminar con él. Desde el día siguiente algunos judíos que deseaban ansiosamente su pérdida, tramaron una conspiración. Juraron con terribles anatemas «no comer ni beber hasta dar muerte a Pablo» \*. Pusiéronse de acuerdo con los príncipes de los sacerdotes y los asociaron a su plan de ataque: Pablo sería conducido al sanhedrín; entre la torre Antonia y el Templo, al pasar, ellos le matarían a puñaladas.

Los conjurados eran más de cuarenta, y algunos no supieron guardar el secreto, o bien fué revelado por los fariseos, que en el sanhedrín habían dicho de Pablo: «No encontramos culpa alguna en este hombre». El sobrino de Pablo supo algo de esto; corrió a la fortaleza, logró hablar con su tío y ponerle al tanto de lo que se preparaba. Pablo rogó a uno de los centuriones que condujera al joven adonde el tribuno. Lysias le acogió con benevolencia. Pero, cuando recibió la noticia, dijo al sobrino:

«No cuentes a nadie que me has revelado este asunto».

Quería salvar a Pablo sin comprometerse, y sobre todo, desembarazarse de un cautivo enojoso. Llamó dos centuriones y les dió estas órdenes:

«Tened listos doscientos infantes, setenta jinetes y doscientos hombres de tropas ligeras, para ponerlos en camino a la tercera hora de la noche \*\* y llegar a Cesárea, preparad también cabalgaduras para Pablo, a quien conduciréis a salvo ante el procurador Félix».

---

\* Su voto, en apariencia inverosímil y quimérico, equivale simplemente a jurar: «Es menester que Pablo muera lo más pronto posible». Los judíos admitían estas formas de voto hiperbólicas.

\*\* Hacia las nueve de la noche.

En efecto, sólo el procurador podía decidir si Pablo quedaba en libertad o no. El tribuno encargó a uno de sus oficiales—al que comandaba la caballería—este comunicado para él:

«Claudio Lysias al eminente procurador Félix, salud.

«El hombre que te envió fué apresado por los judíos e iba a ser muerto por ellos. Pero, habiendo llegado con mi tropa, se los he quitado, *pues supe que era romano*. Deseando saber por qué razón se le culpaba, le he conducido ante el sanhedrín. He sabido que le acusaban por puntos de su ley, pero que no tenía culpa alguna de crimen, merecedor de muerte o prisión. Mas, como se me ha denunciado que los judíos pretendían confabularse contra este hombre, te lo envió inmediatamente, *invitando también a los acusadores para que te dirijan las quejas que contra él tengan*. Salud».

Puede estimarse algo exorbitante y aun ridículo el despliegue de fuerzas ordenado para el traslado de Pablo. No obstante, es explicable, pues Lysias tenía miedo a los judíos; su advertencia: «No cuentes a nadie...» delata ingenuamente sus inquietudes; asimismo su precaución de invitar a los acusadores para que dirigieran su querrela a Félix. Quería dar pruebas de vigilancia. Hallamos claramente en él al oriental con su afán de exagerar, al griego de la decadencia, flexible, fanfarrón y temeroso. Su comunicado, por lo demás, altera la verdad en un punto. Si a él nos atuviéramos, Lysias habría librado a Pablo de los golpes de los judíos, al saber su calidad de romano. En realidad, en ese momento, lo ignoraba; ¿por quién podría haberlo sabido? Pero quiere poner de relieve el valor que concede al título de romano, él, ciudadano reciente, advenedizo que ha pagado cara su nobleza.

Pablo, aquella noche, cabalgando en una mula o en un camello, descendió, pues, de Jerusalén, con una escolta digna de un rey. Abandonaba la Ciudad Santa para no volver más a ella. Roma, por el contrario, le aguardaba. Esta columna de soldados, estos oficiales que le rodean y le preservan de un peligro invisible, ya es el poderío de Roma puesto en acción al servicio de la fe. Mañana, acaso, habrá cristianos entre ellos.

Llamarán a Pablo su hermano; partirán el pan de amor con él; se pondrán de rodillas bajo su mano de apóstol, y su palabra será para ellos la palabra de Dios. El prisionero parte como un conquistador.